

espíritus celestes que han vencido á Satanás, la dicha pura de la nueva Jerusalén. El cielo entero se adelanta á vuestro encuentro; se adelanta para coronaros de gloria y de honra. ¿Qué podeis temer, alma rescatada por la Sangre de Jesucristo? Partid, pues: partid, como el prisionero que sale de las tinieblas de su calabozo, testigo de sus suspiros y sus lágrimas; partid, como el navegante escapado á las olas agitadas por las tempestades.....”

¶ Pero la lucha no está aún terminada, y sobre esta tierra nadie sabe si es digno de amor ú odio. Esta voz, tan llena de una celeste confianza, se vuelve mas y mas implorante. Pide merced á su Dios; llama sobre el moribundo todas sus misericordias. Confiesa sus faltas, os pide perdón desde el fondo de su corazón.... Atended su ruego, ¡oh Padre lleno de clemencia....! Renovad en él, lo que el mundo, la fragilidad, la malicia del espíritu tentador, haya podido corromper, y echar á perder en su alma....

¶ Despues reaparece la confianza, como si un nuevo rayo de inmortalidad se hubiese esparcido en esta morada.

¶ “Yo os encomiendo á Dios, hermano mio muy amado, y os pongo entre las manos de Dios, cuya criatura sois, á fin de que despues de haber pagado por vuestra muerte, la deuda comun de la humanidad, volvais á vuestro Criador, que os ha formado del limo de la tierra. ¡Que todo el conjunto glorioso de los ángeles venga ante vuestra alma, cuando salga de este cuerpo! ¡Que el senado de los apóstoles, que debe con Dios apoyar todo el universo, os haga una acogida favorable! ¡Que el triunfante ejército de los mártires se regocije con vuestra llegada! ¡Que el tropel brillante de los confesores os rodee! ¡Que el coro glorioso de las vírgenes os reciba con los cánticos de alegría! ¡Que admitido en el seno de Abraham, todos los patriarcas os feliciten y os abracen! ¡Que Jesucristo se muestre lleno de dulzura y alegría! ¡Que os coloque en el rango de aquellos que deben eternamente reinar con él! ¡Podreis, alma cristiana, ignorar todo lo que las tinieblas tienen de horroroso, las llamas de devoradoras, los tormentos de horrible? ¡Que Satanás y sus feroces ministros, se reconozcan vencidos, y que os vean rodeada de los espíritus de gloria, y sean poseídos de terror, y se precipiten en las tinieblas inconsolables de la noche eterna! ¡Que Dios se ensalce, y que sus enemigos sean destruidos! ¡Que aquellos que le aborrecen, huyan ante su presencia; que se desvanezcan como el humo; y como el cirio que se disuelve ante el fuego, así se disuelvan los malvados! ¡Que los justos, por el contrario, estén en el encanto; que estén en la alegría y el júbilo ante el Dios tres veces Santo; que todas las legiones del in-

fierno estén en la confusión; que la vergüenza les haga esconderse en sus sombrías moradas; que ninguno de los ministros de Satanás ose oponerse á vuestra entrada en la patria celeste; que el Cristo, enclavado en la cruz por su amor, os libre de todas las penas; que os libre de la muerte eterna! Este Cristo, muerto por vuestra salud; este Hijo de Dios vivo, que os pone en posesion de esa tierra siempre deliciosa, de ese paraíso de felicidad, en que nada os turbará la paz. ¡Que ese Pastor caritativo, os reconozca por una de sus ovejas; que derrame sobre vos su perdón; y que os coloque á su derecha en la sociedad de sus elejidos! ¡Podais vos, alma cristiana, ver vuestro Redentor cara á cara; podais sin cesar contemplar ese Dios de verdad! ¡Colocado en el puesto de los bienaventurados, gustad las dulzuras y la alegría de su contemplacion divina, por todos los siglos de los siglos.....!”

¶ Transcribiendo estas bellas y sublimes oraciones (que pido á Dios poder comprender, cuando sean dichas para mí por el sacerdote de Jesucristo mi Redentor, y por algunos de los míos), he tenido un pensamiento constante; en todas las líneas, en todas las palabras, pronunciadas por el sacerdote á la cabecera del moribundo, me figuro una madre, la mas tierna de las madres, en el momento de la ausencia de un hijo muy querido. Entonces, ella es difusa en sus consejos, y sobre todo, en las recomendaciones que le dá, y que le hace á su hijo. Su amor se alarma de todo, implora, suplica, invoca todo. Nada puede consolar á Raquel, porque sus hijos no están allí; nada puede tranquilizar á la madre que vé sus hijos alejarse de ella, y partir para comarcas lejanas y desconocidas. En su inquieta solicitud, todo le aparece como escollo; y para desvanecer de su alma los presentimientos que la hacen temblar, invoca todos los ángeles, y todos los santos del cielo. Y despues, como el último gemido del hombre debe ser un suspiro hácia las misericordias eternas, á estos cantos de triunfo, que una fruición anticipada de los ángeles celestes ha inspirado al sacerdote de Jesucristo, suceden todavía las súplicas; imájen conmovedora de la vida, donde la esperanza y la desolacion forman una alternativa de cada dia; donde la dicha y la alegría se nos escapan, para no dejarnos mas que angustias y lágrimas. Esta vez la plegaria será todavía mas poderosa. Es en nombre de todas las misericordias, vertidas sobre sus servidores, desde los tiempos antiguos; en el nombre de Jesucristo, el Criador y Redentor de todos los hombres, por quien es implorada la salud de la pobre alma, cerca del Señor. Se siente la solicitud de un corazón que ama tiernamente, leyendo esta larga enumeracion de beneficios de Dios, hácia aquellos que le han servido fielmente. Señor, que habeis preservado á Enoch y Elías de la muerte comun á

todos los hombres, librad el alma de vuestro servidor de la muerte eterna.”

Así ora el sacerdote, y el cristiano moribundo responde: “Libradme, Señor.”

El sacerdote repite: “Señor, librad su alma, como habeis librado á Noé del diluvio.”

“Señor, librad su alma, como habeis librado á Abraham de la tierra de los caldeos.”

“Señor, librad su alma, como habeis librado á Job de sus sufrimientos.”

Entre tanto, el ángel de la paz, descendiendo hácia el justo, toca con su cetro de oro sus ojos fatigados, y los cierra deliciosamente á la luz... y apenas se ha percibido su último suspiro: muere, y mucho tiempo después: cuando ya no hay nada, sus amigos guardan aún silencio al rededor de su tumba: porque ellos creen que duerme todavía; ¡ con tal dulzura ha pasado este cristiano (1) !”

Lo que acabo de intentar describir, todos lo hemos visto al través de nuestras lágrimas; todos hemos sentido y reconocido que nuestros recuerdos no pueden endulzarse, nuestras lágrimas no se vuelven menos amargas, sino por el pensamiento de que el sér querido que acabamos de perder se ha salvado, y que la eternidad debe serle feliz. La religion sola habia podido hacer fácil el paso del mundo que nosotros conocemos, á aquel que no conocemos, y que se estiende del otro lado de esta tumba, por la cual nos es preciso á todos pasar.

Es tambien una gracia del cielo, que ha puesto en el alma del moribundo la dulzura y la resignacion, apaciguando los dolores del cuerpo por la sumision á la voluntad de Dios. Ella ha calmado los recuerdos de aquel ó aquella que iba á partir, después de haber desatado todos los lazos de la familia.

¡ Ah! sin duda, entré las almas á quienes el sacerdote ha dicho: “Partid, alma cristiana, salid de este mundo, en el nombre de Dios Padre, que os ha criado: en nombre de Jesucristo, que ha sufrido y ha muerto por vuestro rescate: en el nombre del Espíritu Santo, que se ha esparcido en vos: partid... se habrán encontrado muchas, que sin la bendicion del cielo, sin el beneficio del sacramento, habrian respondido al sacerdote, que les ayudaba á morir:.... “Padre mio: vos me ordenais partir.... me ordenais salir de este mundo; pero no puedo: Dios mismo me ha dado ataduras santas: tengo un esposo que me amó, tengo pequeños hijos á que-

(1) Genio del Cristianismo.

nes crear en su amor, y en el temor de ofenderle. Ved... soy jóven todavía.... ¿ Qué será de ellos sin mí?... ¡ Oh! no me hableis de partir tan pronto.

Otra vez, un viejo habia dicho: Yo he consagrado mi larga vida á la ciencia; para completar mi gloria, no falta otra cosa, sino algunos años mas: obtened de Dios que me sean otorgados, y yo glorificaré su Santo Nombre, revelando toda la grandeza de sus obras.

El pobre habia demostrado su miseria; habia representado al hombre de Dios, que obteniendo un poco de mas tiempo, podria ganar el pan para sus hijos que no tienen madre.

El rico habia dicho: Yo he ganado mucho oro: que me deje Dios todavía algunos años aquí abajo, y daré largas limosnas á los necesitados, y erijiré para ellos un lugar de refugio.

En fin, cada uno habia encontrado razones para no querer morir. Era preciso, pues, alguna cosa divina, para impedir el grito de la naturaleza humana en presencia de la muerte: Dios nos la ha dado en la uncion del aceite santo; por su eficacia, descien den de lo alto, la dulzura, la paciencia, la resignacion, y penetran en el corazon del moribundo, que ha hecho con sinceridad y arrepentimiento la confesion de sus pecados al sacerdote de Jesucristo.

San Pablo ha dicho: “Hay justos que querrian ser revestidos de la inmortalidad que les está prometida, pero sin despojarse de la mortalidad que los rodea.” No es menos verdadero, que la gracia sobrepuja en ellos este terror á la muerte que les viene de la naturaleza, y que en este momento, sea que recuerden lo pasado (dice San Bernardo), sea que consideren lo que pasa á sus ojos, sea en fin, que se fijen en el porvenir, encuentran en ese pasado el fin de sus penas (*requies de labore*); en lo presente una novedad que los llena de una santa alegría (*gaudium de novitate*), en el pensamiento del porvenir, los trasporta la seguridad de la eternidad (*serenitas de aeternitate*); de suerte que las mismas posiciones que forman la desesperacion del pecador moribundo, vienen á convertirse entonces en una fuente abundante de consuelo para el alma fiel.

Cuando se ha pasado la vida amándose solo á sí mismo; cuando se han dejado trascurrir todos sus dias sin ayudar, sin socorrer á aquellos que están condenados á comer el pan empapado en sus lágrimas; cuando uno se ha encerrado en un círculo estrecho, trazado por el egoismo, y desde el cual no se pueden oír los llantos, ni los gemidos de la miseria, ciertamente se debe uno encontrar muy mal contento sobre un lecho de agonía, á la faz de la eternidad.

Empero cuando uno no ha vivido sino en la piedad y la fé, para mo-

rir en paz y en gracia, cuando la vida no ha sido consagrada mas que á la gloria de Dios y al bien del prójimo, la última hora se presenta sin nada que espante: la muerte que se aproxima, viene al alma cristiana como una amiga, como una libertadora; y entonces esta alma se congratula de no haberla jamas perdido de vista, de haber sabido sobrellevar todas las penas, todas las privaciones, todas las violencias, todos los acontecimientos de su vida mortal.

“ En el lecho de muerte (1), el pensamiento mas consolador para una alma fiel, es el recuerdo de todas las violencias que se ha hecho por su Dios. Ella comprende entonces todo el mérito de la penitencia, y cuán insensatos son los hombres en disputar al Señor un instante de estrechez que debe ser pagado con una felicidad sin fin y sin medida. Porque lo que la consuela es, que no ha sacrificado mas que los placeres de un instante, y de que no le quedaria entonces mas que la confusion y la vergüenza; es, que todo lo que habria sufrido por el mundo, seria perdido para ella en este momento último. En lugar de que, todo lo que haya sufrido por Dios, una lágrima, una privacion, una vana satisfaccion sacrificada, todo aquello, jamas será olvidado, y durará tanto como Dios mismo.

“ Lo que la consuela es, que de todas las alegrías y los goces humanos; ay! no queda mas en el lecho de la muerte al pecador, que los ha gustado siempre, que al justo que siempre se ha abstenido de ellos. Que los placeres han pasado para los dos, pero que el uno llevará eternamente el crimen de haberse entregado á ellos, y el otro la gloria de haberlos sabido vencer.

“ Cuando se ha llegado al puerto; qué dulce es traer á la memoria el recuerdo de las tormentas y de la tempestad! Cuando se ha salido vencedor de la carrera, ¡cuánto gusto volver atrás sobre sus pasos, y ver de nuevo los pasajes de ella mas señalados por los trabajos, los obstáculos, las dificultades que los han hecho célebres! Me parece que el justo es entonces como otro Moisés, muriendo sobre la montaña santa, donde el Señor le habia señalado su tumba, *ascende in montem et morere*, el cual antes de espirar volviendo la cabeza desde lo alto de este lugar sagrado, y fijando sus ojos sobre esta estension de tierras, de pueblos y de reinos que veia correr y que dejaba tras sí, encontraba allí los peligros innumerables á que habia escapado; los combates de tantas naciones vencidas, las fatigas del desierto, las asechanzas de Madian, las murmuraciones y calumnias de sus hermanos; las montañas destruidas, las dificultades de los caminos sobrepujadas, los peligros del Egipto, las aguas del mar Rojo atravesadas; el hambre, la sed, el cansancio combatidos y tocando en

(1) Massillon.

fin al término de tantos trabajos, y saludando, en fin, de lejos esta patria prometida á sus hermanos, canta un cántico de accion de gracias, muere trasportado y por el recuerdo de tantos peligros evitados, y por la vista del lugar de reposo que el Señor le muestra en lontananza, mira la montaña santa donde va á espirar, como la recompensa de sus trabajos y el término feliz de su carrera; *requies de labore*.

El cristiano que antes de abandonar la tierra ha querido pasar una revista entera á su vida, ha encontrado allí tristes y dolorosos recuerdos; porque sobre un camino tan difícil, habrá tenido mas de una caída; en medio de los pecadores, no habrá permanecido siempre puro; pero el arrepentimiento, pasando sobre sus faltas, las ha borrado; la misericordia lo ha levantado en sus caídas..... Entretanto, cuando está tendido sobre el lecho del sufrimiento, el Señor le dice: Levantaos, alma fiel, *vos que habeis bebido toda la amargura de mi cáliz (1), olvidad, en fin, vuestras lágrimas, y vuestras pasadas penas*. Hijas de Jerusalem, despojaos de esa vestimenta de duelos y de tristeza de que habeis estado hasta aquí rodeadas; revestíos de vuestros trajes de gloria y de magnificencia; romped, en fin, los lazos de vuestra cautividad, y salid de en medio de Babilonia, donde habeis sido esclavas y gemido tanto tiempo.

Partid, partid, almas cristianas.... El cuerpo que vais á dejar como un vestido usado y que se arroja lejos de sí, este cuerpo que vais á abandonar á los gusanos y á la podredumbre del sepulcro, se levantará del polvo y os seguirá bien pronto, inmortal y glorioso á las moradas eternas. Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; porque quedará en vuestras cenizas una semilla de inmortalidad hasta el día de la revelacion, en que vuestros huesos áridos se reanimarán y aparecerán mas brillantes que la luz del sol.

¿ En qué religion, preguntamos todavía, puede el hombre obtener tantos socorros divinos para vivir bien y para bien morir, como en la religion católica, apostólica romana? ¿ Jamas en tiempo alguno, en país alguno fueron inspiradas mas bellas, mas consoladoras plegarias á los habitantes del valle de lágrimas? ¿ En estas exhortaciones, en estas invocaciones, que se suceden á la cabecera del moribundo, no brilla á cada versículo todo lo que fortifica, todo lo que consuela, todo lo que eleva el alma?

Quando ya el corazon no late, quando la sangre se ha detenido en las venas para no volver jamas á tomar su curso; quando el pecho no se eleva y se abate bajo el soplo de la respiracion; quando el ojo queda ya sin mirada y que el oido no alcanza sonido alguno; quando todos los

(1) Isaías.

miembros están tiesos y frios, es cuando ya el alma ha partido para no volver mas. En la cámara mortuoria, cerca del lecho donde yace un padre ó una madre, una esposa ó un esposo, un hermano ó una hermana, un pariente ó un amigo, aquellos ó aquellas que están condenadas á los pesares y á las lágrimas, no se van todavía. Permanecen en oracion y el ruido de sus sollozos es el solo que se percibe al rededor del lecho fúnebre. Es en medio del silencio, que una mano cara al difunto, le cierra los ojos, y que los parientes y los amigos empapan la rama de hisopo, ó de boj en el agua bendita, para aspergear al muerto, á fin de que se alejen los malos espíritus, y respeten los restos del cristiano, porque este cuerpo ha sido el templo de Dios. Los sacramentos del Bautismo, de la Confirmacion, de la Penitencia, de la Eucaristía, de la Estrema Uncion, lo han consagrado; y al presente en que la materia está separada del espíritu, es preciso todavía honrar sus restos.

Mas bien pronto llega el momento doloroso, el momento en que aquellos que sufren y que lloran mas, aquellos que sujetaban y besaban las manos del que ya no existe, son sacados de la alcoba, porque el cadáver no debe enfriarse para que se le junten las manos sobre el pecho, y que se unan sus piés por la parte estrecha del atahud.

Quando el pequeño cristiano viene al mundo, ha sido lavado en la cámara de su madre, y revestido de encajes para ser llevado á la Iglesia, y cuando la muerte lo ha tomado y la tumba lo espera, se le lava, se le envuelve en su sudario, blanco manto de los muertos. . . . ¡Ay! En las cosas mas santas y mas sagradas, se cometen abusos é irreverencias, y las manos rapaces, se mezclan frecuentemente á las de los amortajadores.

La religion que sabe las cosas de la tierra como las del cielo, ha establecido entre sus cofradías, la de los *hermanos amortajadores y enterradores*, á fin de que los últimos deberes sean cumplidos respecto de los muertos con piedad y decencia. Así hemos visto á las grandes señoras del gran mundo salir de sus magníficas habitaciones para subir á la boardilla del pobre, y allí amortajar la jóven, que el trabajo y la miseria habian matado. Así, la piadosa muger que le habia dado la ropa y el velo de su primera comunión, la revestia tambien del adorno de la tumba. Otras veces son las caritativas mugeres de la asociacion de San Vicente de Paucienes llevan á las familias desnudas de todo, lo que la muerte reclama, porque tambien ella tiene sus exigencias. Como el lecho del enfermo, su féretro á su miseria.

Desde hace algunos años, entre los fervientes cristianos, hemos visto con enternecimiento renacer una santa costumbre, es la de colocar los ijhos en el atahud á las madres que los han mecido en su cuna, y á los

padres que les han hecho dar su primer paso en el mundo. La obra de caridad se convierte así tambien en una obra de piedad filial. ¡Sean tres veces benditos los hijos que han tributado este deber á sus madres, y que colocan su padre en el lecho de la eternidad!

Todas estas santas cosas se hacen en presencia de Dios, porque desde que el alma del cristiano ha abandonado su cuerpo, la religion viene á velar sobre él; y la cruz colocada entre dos hachones, donde arden los cirios, está espuesta cerca del lecho fúnebre para guardar el que fué y para hacer menos amargo el dolor á aquellos que vienen á rogar por él. Porque ¿dónde habrá otra cosa que consuele mas que la cruz? ¿El Dios que está allí clavado no ha dicho: *yo soy la resurreccion y la vida, y aquel que cree en mí, vivirá eternamente?*

Quando la muerte ha herido á uno de los nuestros, uno de nuestros primeros intereses, en medio de las lágrimas, es, enviar á pedir á la parroquia uno de sus sacerdotes, para velar y rogar cerca del cuerpo del difunto. Y verdaderamente la presencia del ministro de Jesucristo, y la cruz brillando entre los cirios, hacen muy menos lúgubre, menos opresora, para aquellos que vienen á orar la cámara mortuoria. Arden ya en los huecos el enebro y el benjü. El sacerdote de sobrepelliz, tan pronto arrodillado, como inclinado cerca de su hijo dormido, recita el oficio de difuntos.

Luego que uno ha pasado el umbral de esta cámara, donde algunas horas antes se habian oido los llantos del sufrimiento, las idas y venidas de los parientes y los amigos, prodigando con la *hermana de Nuestra Señora del Buen Socorro* sus cuidados al enfermo, se siente como en otro mundo. El profundo reposo que allí reina, el silencio que se observa, la oracion que allí se eleva, todo alivia el alma, calmando la opresion que la sofoca á toda hora.

¡Oh, cuánto es pasible y calmado el sueño que subsigue á las agitaciones, al tumulto de la vida! ¡Cómo causa envidia el justo, que ha franqueado el formidable paso del tiempo á la eternidad! La muerte, desatando los lazos que lo ligaban á este mundo, ha dejado sobre sus facciones un reflejo de beatitud celeste. Sus manos, juntas sobre el pecho, sus párpados cerrados, hacen creer que ora todavía con un piadoso recojimiento. El crucifijo que ha besado con fé, esperanza, y amor en su último momento, está ahora colocado sobre su pecho, que ya no agita soplo alguno.

El que ha envejecido, ha visto morir á muchos; así, yo he ido frecuentemente á arrojar el agua bendita sobre los lechos mortuorios, y orar cerca de los muertos. Es allí, donde uno puede convencerse de que no

son los ancianos solos, encorvados por la edad, é inclinados hácia la tumba los que allí descienden. ¡Oh, cuántas jóvenes y puras víctimas caen bajo la guadaña de la infatigable é impía segadora! ¡Qué cosecha de flores cada año! y ¡cuánto son blancas y cándidas estas jóvenes vírgenes, cuyas almas protegidas por la Reina de los ángeles, son elevadas desde la region de las lágrimas á la de las eternas delicias!

Otras veces, aquella por quien se ha venido á orar es una madre de familia. . . . Son sus hijos é hijas los que ella ha enseñado á amar á Dios quienes rodean su lecho, y que á su turno velan su sueño. . . . ¡Oh, con qué respetuoso amor invocan á Dios por ella! y cuando algunos se ven obligados á salir de la cámara para ir á llorar con los parientes, con los amigos que acaban de saber su muerte. . . . ¡cómo tienen prisa en referir, con cuánta resignacion, cuánto valor, cuánta fé y cuánta piedad ha sobrellevado sus sufrimientos. . . .! Hablar de aquellos que la muerte nos arrebató, es recordar sus virtudes, referir el bien que han hecho, hacer una apología de su vida santa, es el mejor medio de endulzar las lágrimas que su partida de este mundo nos condena á derramar.

¡Cuántas puertas se abren cada día, cada hora, cada minuto, para salir de la vida! Estas puertas son semejantes entre sí.

Mirad este justo, tendido sobre su lecho, y que ha entregado su alma á Dios, respondiendo á las plegarias de la Estrema-Uncion; la beatitud del cielo se revela en sus facciones. Ha cumplido su peregrinacion sobre la tierra, haciendo el bien y ocultándose siempre á las miradas de los ojos del mundo. Sus dias han corrido como el arroyuelo puro y limpio, que despues de haber fertilizado la comarca, va á perderse en el rio sin haber tenido un nombre. Otro allá, como un torrente impetuoso que ruje y devasta, ha rodado sus ondas cenagosas hasta los abismos del océano; estotro llega á la muerte por la honestidad y la gloria; otro no llega sino por la vergüenza y la ignominia. Este sendero, lo ha abierto la humilde y activa caridad; este camino es el orgullo y la soberbia, quien ha levantado en tropel la polvareda. . . . Y todas estas vias diversas, y todos estos diferentes caminos conducen al mismo lugar de reposo; la tumba!

En este tropel de almas que nos dejan para ir hácia un mundo mejor, hay una de quien la partida ha sido toda junta digna de piedad y de envidia. Yo querria (tanto sus últimos momentos han sido inundados de gracias celestes) poder sin callar los nombres, referir con todos sus detalles este admirable fin cristiano.

La sociedad la amaba tanto, que era preciso que Angela la amase un poco. Habia recibido en patrimonio todos los dones del corazon y del

entendimiento, y todas estas ventajas no le habian hecho un solo enemigo, tanto sabia su graciosa bondad encubrir lo que escita los celos de otros. Marchaba sobre un camino de flores y todo le sonreia, y sin embargo, vais á ver cómo llegó á este último convite de la vida, á este lugar de reposo, de que os he hablado constantemente. Alguna vez se marcha lentamente sobre los senderos del mundo; otras, alguna cosa os empuja y os hace marchar con mas precipitacion, sin que sepais, que es lo que precipita así vuestra marcha; alguna ocasion es la mano de la desgracia: en otros momentos, es la gracia que os arrastra y los ángeles que os llaman.

Así Angela, sobre quien la verdadera luz que viene del cielo no habia descendido aún, habria podido quedar sujeta á las delicias del mundo, y contentarse con las cosas de acá abajo; pero no, el Señor no lo quiso, y un santo obispo, que no habia hecho mas que entreverla y oirla, habia dicho: "hé aquí una tierna oveja que no es de nuestro rebaño; pero pidamos á Dios que un dia sea llamada." ¡Cómo se operaria esta conversion? Ninguna persona lo sabia; este era el secreto de Dios, y voy á haceros ver cómo toca él todos los corazones con sus poderosas manos.

Angela habia nacido en la religion protestante. Frecuentemente los miembros de la familia católica que la habia adoptado, deseando consagrar sus talentos á la gloria de Dios, iban á cantar las misas y las salves con música á la iglesia vecina al castillo. Angela se reunia á sus vecinos y vecinas, é iba con ellos á mezclar su parte de talento á los homenajes rendidos á un Dios que ella no conocia. . . . ¡Pobre alma! Ella ignoraba cuando venia á cantar tan cerca de la fuente de todas las gracias, que recaia una sobre ella, que le aseguraba la eterna dicha.

En los campos hay miserias que socorrer, como en las grandes ciudades. En el castillo en que habitaba Angela, se organizó un concierto para ayudar á los indigentes que sufrían y gemían en el lecho. Un artista cuya reputacion es europea, se trasladó allí, y los talentos que le rodeaban en esta hermosa jornada, le aseguraron el éxito mas lisonjero. Angela se habia distinguido. Las felicitaciones, los aplausos retumbaban todavía. . . . cuando una noche, dos dias despues del concierto, entró en su habitacion. . . . Antes de acostarse, se aproximó á la chimenea, su traje de muselina blanca que tenia muchos vuelos, se le incendió, la llama se elevó con rapidez, y en pocos segundos la envolvió por todas partes. . . . Estaba sola; el terror la dominó. . . . corre, llama. . . . su movimiento activa el fuego. Entonces abre su puerta, y grita de nuevo ¡socorro! ¡socorro! Mientras sus idas y venidas, la llama crecia siempre devorante. . . . Semejante á una tea ardiendo, Angela se arroja en una